

ficio inútil. Las heroínas de Puebla lucharon frente á frente, sin rendirse.....y sin morir! ¡Página de sangre y oro para la historia universal!

¡Pluma del gigante Hugo! La epopeya de la calle Chanvrerie, grandiosa, fué sublime en la calle de Santa Clara, porque aquella no tuvo heroínas como la familia Serdán.

La barricada de Saint Denis resurgió en Puebla el 18 de noviembre de 1910. Enjolras, Courfeyrac, Combeferre..... todos estaban allí, en Aquiles, Fausto y Máximo; hasta Gavroche, en Rosendo Contreras. No resucitaron el tío Mabeuf ni el ebrio Grantaire; pero estaban allí Josefa Alatrisme, Filomena del Valle y Carmen Serdán, que valían mucho más. La entereza no fué menor: ¡Viva la muerte! exclamaron al ver que los soldados ocupaban las torres donde esperaban ver á sus correligionarios.

Manuel Velázquez, herido; Fausto Nieto, blanco de diez fusiles; Máximo Serdán, acribillado, y su cadáver desaparecido; Aquiles y el adolescente Rosendo, sin vida; todos muertos ó cobardemente rematados desde la azotea. Carmen, esplendente en su sagrada indignación, desafiando á la muerte; la madre y la esposa de Serdán, con valor inaudito, sobreviviendo á su propio estoicismo.

¡Paz á los patriotas muertos por la libertad de un pueblo! Canten las lirás la helénica tragedia, y la gratitud nacional caiga en flores sobre las tumbas de los Mártires!

¡Sombra de Aquiles Serdán!

De noche, empurpúrase el cielo, se enrojecen los astros, y el alma pensativa del Gran Revolucionario, alza el vuelo y cruza majestuosamente, hacia la enhiesta cumbre del Ixtaccíhuatl, águila en marcha hacia los immaculados limbos de la libertad absoluta!.....

III.

El insulto oficial.—Movimientos pre-revolucionarios.—El Club Anti-releccionista de Torreón.—Toribio Ortega.—En San Isidro.... —El 20 de noviembre de 1910.—Ataques á Parral y á Gómez Palacio.—Fracaso en Piedras Negras.—Sitio y rendición de O. Guerrero.—Los primeros combates entre federales é insurrectos.—La prensa de la Capital.—El silencio de las bayonetas.

En los días 19 y 20 de noviembre, la República entera, muda de asombro y de recóndita alegría, enviaba sus miradas á la ciudad de Puebla. ¡Ah, se decía en voz baja; aún hay hombres en la patria de Cuauhtémoc, y aún hay mujeres que parecen hombres!

La calumnia oficial se arrastró sobre el inmenso pantano de la dictadura, intentando extender las torpes alas:

Y, circunstancia grave: ninguna voz alzóse en defensa de los mártires. Era porque las cláusulas justificadoras iban á venir en acero y á ser rubricadas con la sangre de nuevos mártires.

No hemos de recordar las supercherías urdidas por la prensa capitalina, puesto que la verdad está allí en el anterior capítulo, y para siempre. Esto no es obstáculo para asentar lo que sigue.

El insulto académico fué impotente. Pesado y burdo, no alcanzó al poderoso espíritu de Serdán en su vuelo firme y recto, hacia la inmortalidad; quedó abajo, más densamente negro para fondo de gloria más brillante.

No mucho tiempo después de la muerte de Aquiles, un reportero de prensa asalariada publicó cierto folleto llamado los «Los Sucesos de Puebla.» La soldadesca profanó el cadáver del gran revolucionario; el reportero quiso manchar la memoria del mártir. Ni la tocó siquiera.

El atentado se hizo justicia á sí mismo.

No satisfizo á la dictadura la muerte de Serdán y sus heroicos amigos. Las persecuciones se recrudecieron; formá-

ronse listas de *sospechosos*; los encarcelamientos en masa y sin las formalidades de ley estaban á la orden del día;— fuerza es decir que el fracasado complot de la capital dió pasto abundante á las pesquisas policiacas;—Orizaba, Puebla, Aguascalientes, Juchipila y otras ciudades enviaron numerosos contingentes de *complicados* á la Penitenciaría de la Capital, que en poco tiempo fué estrecha para contener tan gran número de reos políticos.

¿Es preciso llegar cronológicamente al 20 de noviembre para decir que la Revolución estalló en diversos puntos de la República? No; sublevaciones hubo desde antes de esa fecha, estrechamente relacionadas con el movimiento acaudillado por el Sr. Madero, y vamos á probarlo.

Dijimos en páginas anteriores, que los anti-reeleccionistas tuvieron la idea de celebrar dignamente el *jour de gloire* de la Francia. Lo que sucedió fué lo siguiente: el día 14 de julio de ese año—1910— y en el pueblo de Atoyac, del Estado de Veracruz, se sublevaron Cándido Aguilar, Enrique Bordes Mangel y Vicente Escobedo, —los dos últimos ex-redactores del heroico México Nuevo, con unos cuantos hombres á sus órdenes. Este levantamiento no fué secundado en otros puntos del Estado de Veracruz, ni en Puebla é Hidalgo, como —según dice Aguilar— habíase convenido; así es que su fracaso fué irremisible; Aguilar se pasó á San Luis Potosí, donde habló con el Sr. Madero, y después á Coahuila, en una de cuyas haciendas estuvo hasta fines del mes de octubre en que regresó á Veracruz para organizar el movimiento definitivo del 20 de noviembre; Bordes y Escobedo, también perseguidos, hubieron de ocultarse por algún tiempo y los demás se dispersaron completamente. Todo fué un débil zafarrancho de revolución que no duró quince días; el fracaso se explica muy fácilmente: no había preparación, organización, ramificación sólida ni plan siquiera.

En Torreón, Coah., había un *Club Anti-reeleccionista*, tan digno de atención en La Laguna, como el *Benito Juárez*, de Chihuahua, en la frontera; era su presidente Manuel N. Oviedo, periodista de gran entereza y actividad y á quien los demás miembros del Club secundaban eficazmente. Como á principios de noviembre, verificóse en este Club una sesión que nadie debía olvidar: dióse á conocer en ella el Plan de San Luis Potosí; discutióse la idea de sublevar á La Laguna, y, por fin, en una acta que firmaron todos, el *Club Anti-reeleccionista* de Torreón declaraba: que se desconocía al gobierno del Gral. Díaz; que el Club se adhería al Plan de San Luis Potosí y reconocía á don Francisco I. Madero como Presidente Provisional de la República; y que quedaban nombrados Coroneles para



En campaña.—General Pascual Orozco, jr., y sus hombres.

hacer la revolución en Coahuila y Durango, Sixto Ugalde, Agustín Castro, Orestes Pereyra, Calixto Contreras y Martín Triana. Inmediatamente hicieron preparativos para atacar á la vecina ciudad de Gómez Palacio, del Estado de Durango.

Finalmente, en el Estado de Chihuahua, saltó la primera chispa de la insurrección. El día 16 de noviembre, Toribio Ortega se levantó en armas al frente de cincuenta hombres, en Cuchillo Parado—25 de marzo, por otro nombre—no lejos de la fronteriza población de Ojinaga, en el distrito de Iturbide.

Como el lector ha visto, desde antes del 20 de noviembre había, cuando menos, conatos de revolución. Sin embargo, tanto por ser ese día la fecha fijada por el Plan de San Luis, como por no haber sido definitivos los movimientos anteriores, aceptamos el 20 de noviembre, como primer día de la revolución, si bien es fuerza considerar como sangriento prólogo el 18 de noviembre en Puebla.

La víspera del día 20, en la tarde, un grupo de veinticinco hombres enarboló la bandera revolucionaria en el Pueblo de San Isidro, del Distrito de Guerrero, en el Estado de Chihuahua; este grupo tuvo desde luego por jefe á un joven de veinticinco años de edad; de nombre Pascual Orozco, y natural de la Hacienda de Santa Inés, cerca de San Isidro. (Véase su biografía al final de esta obra.)

Así es que para el día 20, había ya dos grupos de sublevados en Chihuahua; el de Toribio Ortega y el de Pascual Orozco, en el Oeste y el Oriente del Estado.

¡20 de noviembre de 1910! El ansiado día, la fecha señalada por el Plan de San Luis para la insurrección en toda la República, había llegado. Domingo, seis de la tarde..... ¿quiénes cumplieron, y los que faltaron, por qué causa?

Al obscurecer del citado día, un grupo de obreros de Río Blanco, encabezados por Rafael Tapia, presentáronse armados y en actitud hostil ante la guarnición de rurales que allí había; trabaron con éstos un tiroteo que duró des ó tres horas, y al cabo fueron dispersados; Tapia, llevando consigo unos cuantos hombres se dirigió á los límites de Veracruz y Puebla. Este movimiento fué preparado principalmente por el Lic. Vivanco—originario de Jalisco,— y el Sr. Gabriel Gavira, de Orizaba. Ambos, perseguidos tenazmente por la policía, se vieron precisados á huír, y Gavira, á punto de ser hecho prisionero, se embarcó para Cuba; la familia de éste último fué traída á la capital; se la trató con suma dureza, y por último, encerraron á la señora en Belén y á sus dos pequeños hijos en la Escuela Correccional.

Cándido Aguilar y Rosendo Garnica, se pronunciaron

el mismo día 20, en las cercanías de Paso del Macho; dirigiéndose á San Juan Coscomatepec, y después de algunas escaramuzas, se desbandaron; Aguilar, perseguido como Tapia, después de un mes de inútiles esfuerzos, marchó á los límites de Puebla. Enrique Colmenares y Camerino Mendoza se levantaron en armas también; el primero en Paso del Macho y en San Felipe de las Maderas el segundo.

Varios anti-reeleccionistas de Tlaxcala tuvieron una junta semejante á la del Club Anti-reeleccionista de Torreón, expidieron un manifiesto y provocaron una insurrección que por de pronto se produjo en un sangriento motín.

En la noche del mismo día, los grupos armados por el Club de Torreón á que hicimos referencia, se reunieron en los contornos de Lerdo y Gómez Palacio, del Estado de Durango, mientras á la misma hora, Guillermo Baca, Pedro F. Gómez y Miguel Baca Ronquillo lanzaban el grito revolucionario en alrededores de Hidalgo del Parral, Chih., y preparaban á su gente para el próximo asalto á la ciudad. Jesus Vega Bonilla, jefe municipal interino de Temósachic organizaba en las primeras horas de la noche una ronda, para defender á la población de José de la Luz Blanco y sus hombres, que acababan de levantarse en armas entre Temósachic y C. Guerrero. Al mismo tiempo, Pascual Orozco (jr.) marchaba sobre Ciudad Guerrero al frente de un puñado de insurrectos, núcleo del futuro Ejército Libertador.

No muy lejos de la capital del Estado, el movimiento era secundado por Ceferino Pérez, á quien luego se unió con sus hombres Francisco Villa.

Una digresión: ya que por primera vez nombramos á persona tan discutida por unos y tan calumniada por la prensa asalariada del dictador, diremos que Francisco Villa no fué jamás un bandido. Y puesto que hemos de hacer justicia á muchos que en vano la suplicaron, démosla en estas páginas, que, si ellas perduran, la justicia también brillará aquí: *in æternum*. Era un pacífico peón de una hacienda, cerca de la ciudad de Durango. Ultrajado en su familia por un ricachón, Francisco Villa castigó por propia mano, al autor de la infamia; huyó, armó unos cuantos hombres que quisieron seguirlo, y se rebeló, no contra la ley, sino contra los caciques, que eran cosa muy distinta. Desde por aquel entonces, Francisco Villa, hombre muy rudo y muy valiente,—si es vulgar la frase, la verdad es mucho mayor—se mantuvo hostil, anduvo errante, y por fin hallóse en Chihuahua al comenzar la Revolución. Era lo que deseaba, y se unió á ella. Juntas sus fuerzas y las de Ceferino Pérez, 200 campesinos transformados en guerrilleros, pusieron á las órdenes de Cástulo Herrera.

Continuemos. Esa misma tarde Roque González Garza se hallaba en Piedras Negras, Coah.; su hermano, el Lic. Federico González Garza, y el Sr. Madero, Jefe de la Revolución, atacarían la ciudad para proteger la sublevación que Roque iniciaría dentro de la propia ciudad. Pero los elementos que debían reunirse, á orillas del Bravo, faltaron; hubo dificultades insuperables, y el plan fracasó por completo. El Sr. Madero, los hermanos González Garza y los que los acompañaban, tuvieron que regresar á San Antonio, Tex., á continuar sus trabajos en formas diversas y más útiles á la causa de la Revolución.

En el Distrito Federal, el día concluyó.....sin novedad, naturalmente, puesto que los jefes del complot se hallaban en la Penitenciaría. Puebla, no hizo tampoco nada, por de pronto; Jalisco, de la misma manera, salvo un movimiento poco importante en Etzatlán. Luis Moya no pudo, á pesar de sus ardientes y continuadas tentativas, sublevar el Sudeste de Chihuahua, y con arrojo é intrepidez admirables emprendió la marcha á caballo, los revolucionarios no tenían tren, y realizó en breves días un viaje desde Jiménez hasta San Juan de Guadalupe, en los límites de Durango y Zacatecas, más de quinientos kilómetros!

Hasta aquí, pues, el primer día de la insurrección. Vamos á asistir á las primeras luchas entre el pueblo y el César.

En las primeras horas de la mañana del 21 de noviembre, una bandera roja flotó en la cumbre del Cerro de la Cruz. Guillermo Baca, Pedro F. Gómez y Miguel Baca Ronquillo, con 30 hombres á sus órdenes, estaban á la vista de Hidalgo del Parral; inmediatamente numerosos grupos de vecinos, que en junto sumaban más de doscientos individuos, subieron hasta el campamento revolucionario, á ponerle á las órdenes de Baca; llegaron pidiendo armas á grandes voces: ¿de dónde dárselas? Baca no las tenía completas ni para su misma gente. Por esto se ha dicho que Baca atacó á Parral con 300 hombres; nada más falso; si así hubiera sucedido, la ciudad habría caído desde luego en poder de la Revolución.

Guillermo Baca había sido hasta entonces un comerciante pacífico, aparentemente tranquilo—en el fondo exaltado anti-reeleccionista—hasta hurafío si se quiere. Pedro F. Gómez era agente viajero y comisionista muy conocido en Indé y El Oro, al Norte del Estado de Durango. Realmente no eran muy idóneos para revolucionarios en aquella región: el primero, porque su familia era inmensa en Parral; el segundo, por los muchos amigos que tenía en Indé. Ya veremos que esto fué causa de algunos fracasos.

Baca envió una comunicación á R. Valles,—por mu-

chos años Jefe Político de Parral—pidiéndole la entrega de la plaza; salen Torres y el Ing. Muñoz á pedir á Baca una hora para resolver; otra intimación; nueva petición de Valles,.... y así, en *dimes y diretes* transcurrieron más de tres horas. Esto fué fatal; porque Valles supo que los revolucionarios eran pocos y mal armados; porque le dieron tiempo á armar—de grado ó por fuerza—á regular número de individuos, además de que ya contaba con 40 rurales del Estado, y finalmente—imprevisión imperdonable—los revolucionarios no cortaron el telégrafo ni levantaron un palmo de vía, de manera que Valles envió telegramas á todas partes pidiendo auxilios.—Jiménez se halla á dos horas y media de tren. Baca no cedió á las insinuaciones de su segundo, Gómez, que le pedía caer violentamente sobre la plaza, porque, según el mismo dijo, no quería hacer víctimas en su propia familia; ésta no era razón, porque Baca no habría causado daño á los suyos, con un imprevisto golpe de mano dado al amanecer á Rodolfo Valles, tanto más cuanto que el pueblo entero habría así podido armarse y secundarlo.

A las once de la mañana, Valles tenía gente en la torre de la parroquia, el Telégrafo, el Hotel Francés, la casa de Florencio Torres, el mesón del Rayo y la Jefatura Política, defensa compuesta por la policía, los rurales y los voluntarios (?). Pocos momentos después, Baca, dejando diez hombres en el Cerro de la Cruz, bajó con los suyos por la Peña Pobre, dividiéndolos en dos grupos, uno que atacó al telégrafo y otro al Mercado Hidalgo. El combate fué violento y rudo desde el primer instante; ante el arrojado de los revolucionarios, los defensores del Mercado retrocedieron pidiendo auxilio á los rurales que guarnecían el Rayo. Bajaron éstos, pero al pasar por el Puente Hidalgo, los revolucionarios que quedaron en el Cerro rompieron un fuego graneado que los flanqueó, y los hizo caer de bruces, por decirlo así, frente á los que acababan de tomar el Mercado; los rurales, huyendo á la desbandada, quisieron salir por Mercaderes, pero dos revolucionarios lo impidieron con un fuego terrible, y al fin, pusiéronse en salvo por el Puente de San Nicolás; algunos de ellos salieron de la ciudad y no regresaron hasta el día siguiente, y los demás consiguieron reorganizarse en la Jefatura Política. Los que disparaban desde la parroquia y el Hotel Francés, causaron muchísimas bajas..... en los traseantes y curiosos, que eran innumerables; los autores de esa hazaña, feroz hazaña, hélos aquí: Florencio Torres, Angel Martínez, Rodolfo Chávez, Miguel Chávez, Holguín, Maclovio Gamboa y José Martínez. Su acto los inmortaliza!

Como sabe el lector, los revolucionarios eran pocos, y si

no tenían muchas armas, compréndese que el parque no abundaba; de modo que á las tres horas de lucha, cuando eran dueños de gran parte de la ciudad, hubieron de retirarse. Entonces entraron en acción Valles, los que estaban en la Jefatura, veinticinco gendarmes y doce rurales de los milagrosamente salvados; los insurrectos, mermados, dispersos, sin parque, salieron de la plaza, perseguidos—entonces sí—por los rurales, al caer la tarde, persecución que no fué más allá de las goteras. Había terminado ya la acción, cuando llegaron de Jiménez las tropas enviadas en auxilio de Parral.

Los insurrectos tuvieron de diez á doce bajas entre muertos y heridos, siendo de los primeros José Arroyo, Conobio Ortiz, Guillermo Mora, y algunos otros cuyos nombres sinceramente sentimos no consignar; las de los gobiernistas fueron muchas, y si no podemos precisarlas, es porque buen cuidado tuvieron las autoridades de que permanecieran ignoradas.

A pesar, pues, del arrojado y valentía desplegados por Baca, Gómez y todos los que les acompañaron en el combate, el ataque á Hidalgo del Parral, fué un lamentable fracaso. Los errores que Baca cometió ese día, nada valen, comparados con la actividad, la constancia y el heroísmo de que tantas pruebas diera después. Ya lo seguiremos en su larga campaña.

El mismo día 21, y por orden de Guillermo Baca, el insurrecto Adolfo Balderrama atacó con éxito indeciso á San Isidro de las Cuevas, cerca de los límites de Durango, en la carretera de Indé á Parral. José de la Luz Blanco se aproximaba á Temósachic, aumentando sus fuerzas á cada paso, con los muchos adeptos que de diversas partes acudían á reforzar las nacientes huestes libertadoras; y en los momentos mismos en que Baca intimaba la rendición de Parral, Pascual Orozco apareció en las colinas de C. Guerrero, plaza importante por ser la llave de la Sierra Madre Occidental.

Había en C. Guerrero una guarnición de 65 soldados, pertenecientes al 3er. Regimiento de la Federación, comandada por el Capitán Salvador Ormaechea, el Teniente Martínez y el Subteniente Arizmendi. Estos concertaron la defensa con el Jefe Político, Urbano Zea, sus dos hijos, los hermanos Espejo, los Amaya, y otros vecinos y autoridades. Los insurrectos iniciaron el ataque con un tremendo fuego sobre el cuartel, causando desde luego varias bajas; el tiroteo, nutrido á veces y en otras irregular, se prolongó todo el día, y á la mañana siguiente, los revolucionarios, reforzados por campesinos de las cercanías, pusieron sitio definitivo á la plaza. Desde ese día hasta el 29, el cerco

fué estrechándose lenta pero firmemente, y la lucha continuó con interrupciones, pues los sitiadores enviaron el día 26 una columna á auxiliar á sus compañeros que se hallaban en San Isidro y próximos á ser atacados por fuerzas federales enviadas de Chihuahua. La columna destacada de C. Guerrero, regresó el día 29, considerablemente reforzada por los vencedores de Pedernales, batalla de que después hablaremos, circunstancia que puso á los sitiadores en aptitud de dar un ataque definitivo. El día 1º de diciembre, tras de engañar á los federales con una retirada falsa, llegaron hasta las casas de la población; nuevamente intimaron rendición á la fuerza federal, y como ésta se resistiera, reanudóse la lucha; pronto los defensores quedaron reducidos al Cuartel; los días tres y cuatro fueron terribles: los asaltantes arrojaban dinamita sobre los valientes soldados, el tiroteo era incesante, y por fin, tras de haber cumplido como soldados, los federales se rindieron en la noche del día 4, con garantía de la vida, pero dejando en poder de sus vencedores armas, municiones y bagajes; el Capitán Ormaechea, y sus subalternos Martínez y Arizmendi, se presentaron al jefe de la Zona, en Chihuahua, tres días después.

Fueron hechos prisioneros, todavía con las armas en la mano, Urbano Zea, el Juez Norman, Manuel Patiño Suárez, los Amaya, los Espejo y otros más. Como doce ó trece días después, estos fueron juzgados y sentenciados á muerte por un Consejo de Guerra integrado por Abraham Oros, Pascual Orozco (padre), el Lic. Martín Casillas y otros. Ignoramos las razones de tal decisión; pero sí asentamos, que para nuestro criterio, honradamente creemos que los que condenaron á muerte á los prisioneros de C. Guerrero, no fueron los insurrectos ni las autoridades revolucionarias, sino, léase bien, los autores de la matanza de Cerro Prieto,—que el lector conocerá más adelante—como con sobra de justicia lo asevera el Sr. Serrano en reciente libro.

El 21 de noviembre fué fecundo en acontecimientos; necesario es pasar al Estado de Durango, ya que hemos hablado de Parral, Las Cuevas y C. Guerrero, para tratar en los últimos días de ese mes, de Temósachic, Pedernales, y la situación en la Capital de la República, refiriendo antes el ataque á Gómez Palacio.

Al principio de este capítulo dimos cuenta de que el Club Anti-reeleccionista de Torreón (Coah.), se constituyó, en 15 de noviembre, en junta revolucionaria y extendió varios nombramientos, órdenes, etc. Orestes Pereyra debería sublevarse en el centro mismo de Torreón—mal principio contando con poca y mal armada gente—; Vicente Arellano, J. Marentes y U. Medrano en otros pun-

tos. Manuel N. Oviedo se reuniría en Matamoros de la Laguna con Sixto Ugalde. Mariano López Ortiz, Agustín Castro y Martín Triana atacarían á Gómez Palacio. Todo esto se verificaría el 21 de noviembre.

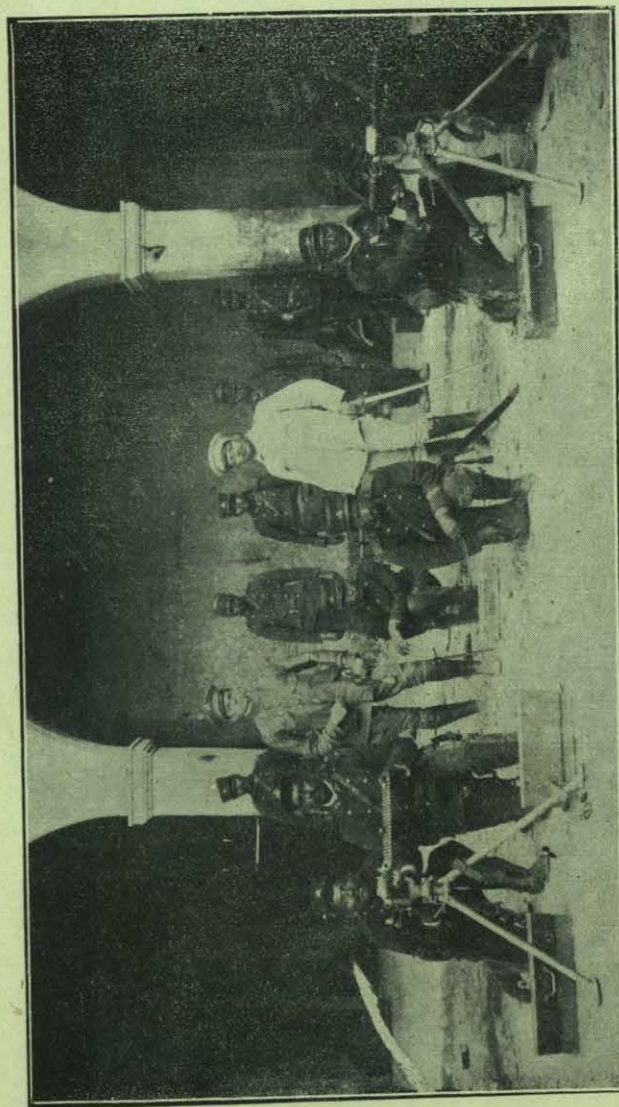
Estos planes cambiaron por completo del 17 al 18, pues el Sr. Oviedo, el infatigable demócrata y digno periodista, fué reducido á prisión, acusado de sedicioso y conducido á la Penitenciaría de Monterrey; sin embargo, dieron origen á lo siguiente: en la madrugada del día 21, Agustín Castro, Triana, Pereyra y López Ortiz, al frente de 35 hombres, entraron en Gómez Palacio, sorprendieron á la policía, abrieron la cárcel y se posesionaron de la población. Inmediatamente salieron de Torreón fuerzas federales al mando del Teniente Coronel Sardaneta, que en combinación con los rurales de que disponía Zúñiga, el Jefe Político de C. Lerdo, atacaron á los revolucionarios; se trabó el combate, los sublevados comenzaron á perder terreno y gente, y después de una resistencia desesperada, que duró más de tres horas, se dispersaron por la calzada que va de Gómez Palacio á Ciudad Lerdo. Acto seguido, Castro, acompañado de unos cuantos hombres, tomó el rumbo de Mapimí; Triana y otros se dirigieron al Sur de Durango, por Cuencamé, á donde ya se hallaba Calixto Contreras.

Recordará el lector que dejamos á José de la Luz Blanco á la vista de Temósachic. Listo tenía ya el Jefe Político Vega Bonilla, su cuerpo de defensores, cuando se presentaron los insurrectos el día 23. En la noche de ese día se libró el primer combate, que durante dos horas fué de resultados inciertos. El asedio fué débil, pues Blanco tuvo que enviar refuerzos á Pascual Orozco; pero á la caída de C. Guerrero, los ataques menudearon, la plaza quedó totalmente incomunicada, y al cabo de una resistencia sin incidentes notables y que se prolongó hasta el 30 de diciembre, Vega Bonilla y los defensores huyeron, abandonando completamente la plaza á merced de los sitiadores.

Los acontecimientos de los días 20 á 25 de noviembre alarmaron sobremanera á los habitantes de Chihuahua. La Secretaría de Guerra ordenó que el 12º Batallón, á las órdenes del Teniente Coronel Yépez, saliera para la Sierra, á batir á los sublevados, tomando el F. C. del Noroeste, lo que se efectuó desde luego. Chihuahua no quedó desguarnecida, pues se movilizaron de diversos puntos hacia aquella ciudad, el 20º Batallón, el 13º Regimiento y una sección de artillería con cuatro piezas de montaña (Mondragón), brigada que fué puesta al mando del Gral. Juan J. Navarro. El tren ocupado por Yépez y las compañías del 12º Batallón—cerca de 300 hombres—fué recibido á tiros en

la Estación de San Andrés, por una veintena de insurrectos de los de Francisco Villa, pues el resto de los mandados por Cástulo Herrera no tomaron parte en la acción. En aquellos días, los insurrectos no tenían más arma que la de caballería, y desde entonces revelaron la astucia instintiva que tan buenos resultados les produjo durante toda la campaña. Al primer tiro cayó muerto el Teniente Coronel Yépez; la tropa contestó valientemente al fuego insurrecto, pero sin causar bajas, y sí sufriendolas de consideración. Más adelante, los insurrectos hicieron descarrilar el tren, y el 12º tuvo que echarse á pié, tomando el camino de Pedernales; durante la marcha fué frecuentemente hostilizado por pequeñas partidas de revolucionarios montados, que no presentaban batalla formal; pero que causaban muchos daños á los federales. La columna, mandada por el Capitán Sánchez Pazos, llegó el día 26 á Pedernales, y—según dicen los Sres. González y Figueroa, obediendo órdenes superiores—se encerró en la población. Esto era llamar desesperadamente á la derrota.

No ignora el lector que los sitiadores destacaron una fracción de sus fuerzas hacia San Isidro,—25 guerrilleros mandados por Pascual Orozco—el día 25 de noviembre. Estas fuerzas, 25 hombres de Epifanio Cos y 30 de Francisco Salido, coparon al Capitán Sánchez Pazos en Pedernales. El día 27, el 12º Batallón amaneció en lo que bien pudiera llamarse una ratonera. Los insurrectos ocupaban diez posiciones admirablemente elegidas; los federales estaban parapetados, en su mayor parte, en una bodega, y otros se posesionaron de la vía del ferrocarril. Un tiro de Cos, el jefe insurrecto, fué la señal del combate; ese primer tiro fué la primera baja de los federales. La lucha fué encarnizada; un movimiento de los parapetados en la vía, flanqueó á Francisco Salido, quien hizo á su gente abandonar la posición. para tomar dos mejores. Los federales se batieron con denuedo: el Capitán Sánchez Pazos, murió noblemente; su conducta en medio del combate, y su caída, hacen honor al Ejército; otros valientes sucumbieron también como él. De los insurrectos nada diremos; habla por ellos el resultado de la acción. Baste decir que como tiradores, Cos, Orozco, Salido y cuantos allí combatieron por la Libertad, fueron notables. A las diez de la mañana, cuando ya la situación era insostenible, en las filas federales el valor dejó su lugar al instinto de conservación; la desbandada fué general. Los insurrectos tomaron muchos prisioneros, armas, municiones, etc., y aun persiguieron á los fugitivos causándoles nuevas bajas; perdieron dos hombres, y heridos tuvieron á Sóstenes Beltrán,



En campaña. — Federales disparando con ametralladoras.

Francisco y Juan Dozal, Manuel Arrieta y dos soldados de Orozco.

Después de esta célebre acción, los vencedores, á quienes se incorporó el insurgente Loya con sus fuerzas, coadyuvaron al sitio y toma de C. Guerrero.

Este día 27 de noviembre fué fatal para la dictadura, pues mientras se verificaba en Pedernales la acción que acabamos de relatar, librábase otra, llamada por unos «del Cerro del Tecolote» y por otros «del Fresno,» ó bien «de Las Escobas.» La llamada *columna del General Navarro*, formada con 750 hombres de las tres armas, salió de Chihuahua rumbo á la Sierra; pero sin servirse del tren (como que acababa de pasar lo de San Andrés) y con tan mala fortuna, que á las nueve y media de la mañana, y á veinte kilómetros de Chihuahua, treinta guerrilleros de Francisco Villa y veinte de Zeferino Pérez, hasta entonces ocultos en las sinuosidades del terreno, flanquearon á la retaguardia de la columna y abrieron sobre ella un fuego espantoso; inmediatamente retrocedió la vanguardia y la columna entró en acción, evolucionando maravillosamente, pero sin los resultados que eran de esperarse, dada su superioridad numérica, armamento, disciplina, etc. Sin embargo, bajo un fuego mortífero, consiguieron al cabo de dos horas y media de constante ir y venir, envolver y encerrar en una meseta á un grupo de insurrectos, á quienes notablemente ayudó Villa por algún tiempo y luego ordenó que se retiraran, cosa que no obedecieron; ese grupo, puñado de héroes, se defendió hasta quedar sin un cartucho, y todavía hasta emplearon sus terribles 30-30 á guisa de garrotes, cuando fueron atacados á la bayoneta; los que cayeron allí, rebeldes hasta la muerte, asombro de propios y extraños, fueron: Santos G. Estrada — dignamente vengado después por uno de sus hermanos —, Eleuterio Armendáriz, Nazario Ruiz, Antonio Orozco, Leonides Corral, Julián Villalobos y Jesús Piñón. El resto de los insurrectos hizo una violenta retirada, con todas las apariencias de una fuga, pero en realidad era un lazo, pues si los federales los hubiesen perseguido habrían caído en una peligrosa emboscada, porque los insurrectos tenían numerosas partidas diseminadas hasta el pie de la Sierra Azul. No sucedió, pero el General Navarro perdió más de ochenta hombres, entre otros un Capitán primero del 20º Batallón, y no sólo, sino que el mismo día regresó á Chihuahua, cosa que moralmente fué una derrota, y siempre hostilizado por la retaguardia casi hasta las goteras de la ciudad, pues como dijimos, el combate del Tecolote fué entre las rancherías del Fresno y las Escobas. ¡Pasma en verdad esa lucha de cincuenta hombres contra un cuerpo regular de

más de setecientos! Y cuáles fueron los resultados, dícelo el hecho de que, desde ese día, Zeferino Pérez, A. Ruiz, Villa y Herrera, hacían excursiones nocturnas á los arrabales de Chihuahua, con el propósito de atacarla. Esa es la verdad real y positiva de los sucesos registrados en Chihuahua y otros Estados, desde el 20 hasta el 30 de noviembre y días después.

Entre tanto, ocurrían en la capital sucesos dignos de ser rememorados.

En la noche del 21 de noviembre un oficial y treinta y ocho dragones del 11.º Regimiento acuartelado en Tacubaya, salieron de patrullas..... y no regresaron. ¿Fue ésto resultado del *Manifiesto* en que el Sr. Madero invitaba al Ejército á derrocar al dictador? Tal vez, pero no es menos cierto que dicho manifiesto no tuvo consecuencias de importancia y que el ejército se mantuvo, como todo el mundo sabe, dentro del honor y la fidelidad de la institución, cosa que hoy celebran, en primer término, los mismos hombres que iniciaron y consumaron la Revolución. Sin embargo, el gobierno puso espías en los cuarteles y en todas las oficinas y establecimientos de su dependencia; hizo más: con el pretexto de un cambio de uniformes ó cosa así, casi desarmó algunas compañías de zapadores, hizo cambios en la oficialidad de otros cuerpos, etc. La prensa asalariada puso *de oro y azul* á los insurrectos: gavillas de bandoleros, salteadores de caminos, *latrofaciosos*, calificativo que pronto adquirió celebridad ridícula para..... los mismos periodistas; si no había nada, si todo eran *canards*, de la prensa norteamericana; «los sublevados huían como liebres ante los federales,» y presentaban como pruebas los fracasados asaltos á Parral y á Gómez Palacio, relatando, por supuesto, á su manera; que Baca, con 300 hombres, había sido derrotado por doce rurales, y así por el mismo estilo; según ellos, Pedernales, San Andrés, El Fresno y otras, habían sido brillantísimas victorias, y en cuanto á Madero, era un iluso á salto de mata, etc., etc. Todas esas falsedades inventadas por los diarios de la autocracia, eran creídas por unos cuantos, y eso en los primeros días, porque, en fin, para nadie era un secreto su vendida condición. «El País»— que era semi-independiente y que se había prestigiado gracias á una serie de entrevistas con el Sr. Madero en San Luis, y á noticias relacionadas con el movimiento antirreeleccionista—fue sometido á censura; tal diario, que mucho ha practicado el procedimiento de encender una vela á Dios y otra al diablo, táctica digna de admirable jesuitismo, publicaba alguna verdad y esparcía falsedades, y como la censura no era públicamen-

te sabida, la opinión en la capital sufría constantes cambios.

Noviembre había terminado de manera atroz para el gobierno. Habíanse cambiado los primeros golpes entre el siervo rebelde y el amo irritado, y era el amo el que se desconcertaba. Ya no había héroe del 2 de abril, ni hombre de hierro, ni hábil (?) estadista; no había mas que Porfirio Díaz, tirano de México, abofeteado por el pueblo. Cuanto se diga en contrario, es absurdo, porque equivale á enfrentarse con la realidad de los hechos que encierra este capítulo, y con las inmensas tumbas de Parral, Pedernales y Ciudad Guerrero.

¿Con qué respondía el Gobierno á la Revolución? Con policía secreta y espionaje en teatros, escuelas, oficinas y hasta en los hogares.....

El día 1.º de diciembre, entre dos hileras de bayonetas, fué el dictador *á protestar como Presidente*, ante el Congreso reunido en Minería. El acto fué allí, aun cuando ya se había reconstruido el edificio de la Cámara, incendiado en 1909 por obra del..... destino, á fin de que no hubiera público ni máquinas infernales. Y lo consiguieron. El dictador volvió á Cadena en medio del silencio de las bayonetas inmóviles; fatal silencio: el de la muerte.